



**RIDAA**  
Repositorio Institucional  
Digital de Acceso Abierto de la  
Universidad Nacional de Quilmes



**Universidad  
Nacional  
de Quilmes**

Kreimer, Pablo

## Más vale tarde que nunca



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.  
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

*Cita recomendada:*

*Kreimer, P. (1999). Más vale tarde que nunca. Redes 6(14), 217-225. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes*  
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/719>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

### Más vale tarde que nunca

Pablo Kreimer \*

Publicamos aquí un comentario acerca de la reciente traducción al castellano del libro de David Bloor, *Conocimiento e imaginario social*, Barcelona, Gedisa, 1998, 286 páginas.

Los traductores y editores de la versión española de *Conocimiento e imaginario social* formulan una pregunta interesante: “¿por qué traducir al español este texto ahora, veintidós años después de su primera edición inglesa?”.

Sin embargo, como intentaré mostrar, me parece aún más interesante plantear la pregunta inversa: ¿por qué razón un texto, fundamental en la sociología del conocimiento, estuvo veintidós años sin ser traducido al español? Avanzaré en lo que creo que es una explicación posible de tal retraso (u omisión), puesto que ello nos servirá como excusa para repasar brevemente las ideas centrales de Bloor: dadas las características de dicho libro, no existió, en los países de habla hispana, durante las últimas décadas, y hasta hace muy pocos años, un *público* que estuviera en condiciones de “recibir” el texto de Bloor, y de comprender las condiciones y el contexto de la polémica en la cual este libro surgió. Dicho de otro modo, no sólo no existía en el espacio académico un campo ya estructurado en torno del estudio social de la ciencia, sino que, por el contrario, los autores y las corrientes hegemónicas (en particular los epistemólogos o historiadores de la ciencia, puesto que no existían hasta hace poco sociólogos o antropólogos ocupados en estos temas) se posicionaban de un modo francamente hostil a los postulados del Programa Fuerte.<sup>1</sup>

Para comprender esta dificultad en la recepción, es necesario repasar brevemente los desafíos que Bloor había formulado. El libro, aparecido originalmente en 1976, retoma las ideas centrales que esbozara el propio autor en un artículo de 1973 (hoy ya “clásico”, lo

\* CONICET. Universidad Nacional de Quilmes.

<sup>1</sup> Naturalmente, siempre hay excepciones. Pero el pequeño puñado de académicos e investigadores que, en América Latina y España trabajaban sobre las diferentes dimensiones sociales del proceso de producción de conocimientos científicos, ya habían leído y discutido el texto en su edición original. El argumento, aquí, va en el sentido de un público que debía exceder, como ocurrió de hecho en otros países, ael mero y restringido círculo de iniciados.

cual nos habla sin dudas del carácter reciente del campo), “Wittgenstein and Mannheim on the Sociology of Mathematics”.<sup>2</sup> En ese artículo, Bloor tomaba como punto de partida la conocida afirmación de Mannheim acerca de la “determinación existencial del conocimiento”, para mostrar lo que había sido, según su perspectiva, el primer intento por desarrollar una explicación *social* del conocimiento. Según Bloor, Mannheim había avanzado en la buena dirección, señalando que el conocimiento producido por las ciencias sociales estaba determinado por variables *existenciales* que, traduciendo el lenguaje de Mannheim, cabría llamar *materiales* y (en última instancia) *sociales*. Sin embargo, Mannheim no se habría atrevido a “ir más allá”, y formular el modo en que esas determinaciones existenciales están presentes en las formas más “duras” del conocimiento científico.

Bloor acomete, entonces, el desafío de mostrar la raíz social de toda forma de conocimiento. Y para eso no escatima esfuerzos: ¿cuál es aquella disciplina donde se esconde el santuario más sagrado de racionalidad científica, aquella cuya raíz social parece completamente fuera de cuestión y, por lo tanto, es imposible siquiera de imaginar? Respuesta: las matemáticas. Por lo tanto, si es posible demostrar que las propias matemáticas están tan socialmente determinadas como el conocimiento acerca de lo social, entonces esa determinación habrá sido establecida para todas las otras disciplinas menos “duras” y que se sirven, por añadidura, del lenguaje y la formalización matemática para sus propios desarrollos. Los contenidos de este artículo son retomados y ampliados en varios capítulos de *Conocimiento e imaginario social*.

El intento de Bloor es intrincado y difícil de evaluar para aquellos que no posean, al mismo tiempo, las necesarias competencias matemáticas, sociológicas y filosóficas (el recurso a Wittgenstein será una constante, de allí en adelante, en la obra de Bloor). No viene al caso, por otro lado, discutir aquí su resultado. Sin embargo, lo importante es que en dicho artículo habrá de esbozarse aquello que forma parte del núcleo duro más ambicioso de Bloor: la propuesta de un verdadero *programa* de investigación, capaz de superar las visiones restringidas que imperaban entonces.

<sup>2</sup> Publicado en *Studies in the History and Philosophy of Science*, 4, pp.173-191. Traducido al español como “Wittgenstein y Mannheim sobre la Sociología de las Matemáticas”, en Irazo *et. al.*, *Sociología de la ciencia y la tecnología*, Madrid, CSIC, 1995.

De hecho, hacia comienzos de los años setenta, estaba fuertemente establecido lo que algunos autores estigmatizaron, entonces, como una “espuria división del trabajo” entre sociología y epistemología (e historia internalista de la ciencia). Según esta división, correspondía a la epistemología explicar la obtención de conocimiento verdadero, la relación entre métodos, teorías, experimentos, pruebas y *contextos*, mientras que la sociología sólo debía ocuparse de los factores externos a la investigación científica misma. Su ayuda era de particular importancia cuando lo que se obtenía como producto de las prácticas científicas eran *artefactos* o conocimientos falsos.

Lo que se suponía era que, en esos casos, debían haber intervenido *factores de orden social* que distorsionaban la correcta aplicación del *método* científico, dando lugar, por lo tanto, a formulaciones erróneas. Los casos Lisenko y los embates de la “ciencia aria” son los mejores ejemplos de esta concepción que fue calificada más tarde como el desarrollo de una mera *sociología del error*. La sociología normativa establecida por Robert Merton no sólo había aceptado con agrado esta división: había aprovechado con excelente resultado esta limitación de sus fronteras para fundar todo un paradigma que se sustentó en una abundante acumulación de material empírico perteneciente al universo de la “comunidad científica”, pero “externo” a la producción misma de conocimientos.

Podemos encontrar una buena explicación de los supuestos teóricos que se movilaron para romper con la “sociología del error” (aquella que sólo puede pensarse legítimamente cuando “algo” interfiere en el normal desarrollo y aplicación del “método” científico) precisamente en el prólogo que escribió Bloor para la presente edición en castellano. Según él, se trata de responder a las formulaciones que dicen, por ejemplo, que “[...] aunque podía haber habido todo tipo de influencias sociales en la aceptación de teorías como las de Darwin o Newton, también la *evidencia* a favor de esas ideas había jugado un papel relevante”. A ello, Bloor le responde con lo que es, creo, el centro de su argumento:

Se sugiere que hay dos tipos de influencias: social y probatoria. De ambas —se dice—, sólo una concierne al sociólogo, que así pasa por alto, ignora o niega el papel de la segunda (“cognitiva” y probatoria). ¿Qué debe hacer ante esto el sociólogo?, ¿defender que se *han* tenido en cuenta ambos factores? No, ésa no sería la respuesta adecuada, porque acepta los términos sobre los que se articula la crítica, y son esos términos precisamente los que deben ponerse en cuestión. *No*

*hay dos tipos diferentes de “factores” sociales y cognitivos, [...] lo probatorio y lo social no son clases diferentes de cosas.*<sup>3</sup>

Éste es, efectivamente, el nudo del problema: “el que algo sea probatorio, y sea capaz de funcionar como tal, es por sí mismo un fenómeno que requiere un análisis sociológico; por decirlo brevemente, la prueba o evidencia *es un fenómeno social*”. A ello se puede agregar, entonces, la afirmación que subyace: que no hay “verdades” más allá de *quienes las establecen como tales y las hacen “funcionar”*. La deuda que Bloor con la obra de Kuhn —y de quienes se plegarán a esta interpretación— no sólo es evidente, sino que ha sido explícitamente reconocida y proclamada a los cuatro vientos, posiblemente a pesar del propio Kuhn, como algunos de sus últimos escritos parecieron indicar.<sup>4</sup>

Partiendo de esta idea, nacen luego los cuatro principios fundamentales que organizan el *Programa Fuerte en sociología del conocimiento*, y que vale la pena recordar para los lectores que no conozcan la versión original:

- *Causalidad*: ocuparse de las condiciones que dan lugar a las creencias o estados del conocimiento. Naturalmente, habrá otros tipos de causas además de las sociales que contribuyan a dar lugar a una creencia.
- *Imparcialidad*: respecto de la verdad y la falsedad, la racionalidad y la irracionalidad, el éxito o el fracaso. Ambos lados de estas dicotomías exigen explicación.
- *Simetría*: en el estilo de explicación. Los mismos tipos de causas deben explicar, digamos, las creencias falsas y las verdaderas.
- *Reflexividad*: en principio, sus patrones de explicación deben ser aplicables a la sociología misma. Se trata de un requerimiento de principio obvio porque, de otro modo, la sociología sería una refutación viva de sus propias teorías.

Un comentario general antes de repasar brevemente estos principios generales. Como ya señalamos, Bloor escribe en un momento en que la hegemonía del “externalismo” en la sociología de la ciencia estaba firmemente establecida. En este sentido, el mero señalamiento de que

<sup>3</sup> Bloor, *op. cit.*, p. 24. Las cursivas son mías.

<sup>4</sup> Véase T. Kuhn, *The trouble with the Historical Philosophy of Science*, Rothschild Distinguished Lecture, Dept. of the History of Science, Harvard University, Cambridge, 1992.

el conjunto de las creencias de los científicos remiten a aquello que está establecido como tal por el conjunto de la comunidad científica, es decir, que el propio conocimiento científico posee *intrínsecamente* una dimensión social (y no sólo quienes son los practicantes de la ciencia, por decirlo de algún modo) no bastaba para producir el giro que Bloor y sus colegas pretendían. De hecho, algo muy parecido había señalado Kuhn, y logró que su libro (*La estructura de las revoluciones científicas*) fuera patrocinado por el propio Merton

Tengamos en mente la necesidad, por parte de Bloor, de producir un verdadero *giro*, de generar un impacto frente a los modelos corrientes en la disciplina. Necesitaba, así, mostrar no sólo el componente social de las prácticas de los científicos como actores o sujetos sociales (cosa que no era incompatible con una visión normativa), sino, sobre todo, demostrar el origen social de *toda forma de conocimiento* (entre las cuales se incluye al conocimiento científico y que es asimilado, por lo tanto, a otras formas de creencia en que, incluso, tiene cabida lo “irracional”).

Si lo consideramos entonces desde este punto de vista, se entiende que algunas de las formas que adoptan los principios de Bloor parezcan portadoras de la “exageración de los pioneros”: sólo algo dicho en voz bien alta y extremando las ideas hasta el límite podía producir un impacto como el que se buscaba. Como mostraremos en seguida, con posterioridad algunos ánimos se atemperaron mientras que algunos se enardecieron. Y el mérito de este libro consiste, sobre todo, en esta capacidad de (digamos), movilización, arenga, punto de inflexión, que sus detractores calificarán como “panfleto” y sus seguidores elevarán a la categoría de “manifiesto”.

El principio de causalidad apunta a no dar por sentado que el conocimiento es la simple consecuencia de un “devenir natural” de la secuencia “verdades ocultas-proceso de investigación/aplicación del método-descubrimiento/develamiento-conocimiento verdadero”. Hay causas de diferente orden que deben ser indagadas por los sociólogos. Aun cuando las causas sociales, en la expresión exagerada de Bloor, parezcan prevalecer.

La imparcialidad ha sido una de las fórmulas más irritantes para los defensores de la racionalidad a ultranza como principio organizador de las prácticas científicas. Su enunciado puede entenderse de dos modos: si se privilegia en la interpretación el hecho de que lo irracional, el conocimiento falso o el fracaso, resultan igualados a lo racional, lo verdadero o el éxito, en una versión sociológica de “la Biblia y el calefón”, donde “da lo mismo” el tipo de conocimiento que se produce, los estudios sobre la ciencia sin duda se empobrecen, y pierden

buena parte de su potencia analítica. Las consecuencias de pensar así son tan obvias que no vale la pena abundar. Si, por el contrario, se considera que *durante un proceso de investigación* no se suele saber de antemano qué tipo de producto habrá de obtenerse y que, por otro lado, buena parte de lo que hoy se nos aparece como falso (o verdadero) no fue considerado como tal en el pasado, el análisis gana en amplitud y el universo de análisis se extiende hacia productos y prácticas que, de otro modo, serían simplemente descartados. Finalmente, no parece aventurado señalar que si se acepta que la ciencia es una práctica social la irracionalidad es un componente como otros, como en toda otra práctica social, y no hay ninguna razón suficiente como para recortar dichas prácticas al solo espacio de lo racional, que es pensado, además, únicamente desde el tiempo presente.

El principio de simetría es complementario del anterior, y está dirigido directamente a atacar la “sociología del error”: no es posible explicar el conocimiento “verdadero” recurriendo a factores cognitivos, y el conocimiento falso por factores sociales. Si lo social explica el error, debe también (y ésta es la clave) explicar la “verdad”.

Finalmente, el principio de reflexividad es, al mismo tiempo, el más simple y el más difícil de explicar. Por un lado, asume un principio metodológico común a muchas otras especializaciones de la sociología: la reflexión permanente acerca del carácter construido del propio conocimiento acerca de lo social.<sup>5</sup> Pero, por otro lado, si a la concepción usual de la sociología reflexiva se le suman los requisitos anteriores del programa fuerte (causalidad, simetría, imparcialidad), es fácil llegar a deducir que la disciplina se sitúa así, peligrosamente, en un plano próximo al de la autorrefutación.

Los principios esbozados por el Programa Fuerte tuvieron una repercusión extraordinaria. Junto con *La estructura de las revoluciones científicas*, *Conocimiento e imaginario social* fue el libro más citado durante los años siguientes entre los estudiosos de la ciencia. No es aventurado afirmar que marcó, de algún modo, la condición de posibilidad de una sociología del conocimiento de nuevo tipo, el faro que iluminó la posibilidad de construir un nuevo paradigma (seamos claros: no hablo de la concreción, sino de su posibilidad), de navegar por nuevas corrientes en el conocimiento social de la ciencia.

<sup>5</sup> Esto ha sido especialmente interesante en la medida en que suponía que categorías tales como “clase social”, “democratización”, o “conflicto”, por citar sólo algunas, no “son” la realidad, sino que son construcciones analíticas elaboradas para su comprensión.

El efecto del libro de Bloor fue, sin embargo, paradójico: por un lado, fue objeto de debate, de discusión y (casi se diría) de “culto” en los años siguientes a su publicación (por parte de los investigadores que fueron conformando una nueva corriente que luego recibiría la denominación de “nueva sociología de la ciencia” o que otros, más específicamente, llamarán “constructivismo”).<sup>6</sup> Por otro lado, prácticamente ninguno de los autores pertenecientes a estas corrientes siguió al pie de la letra los dictados del Programa Fuerte: la mayor parte prefirió, más bien, enfatizar algunos de los principios por sobre otros, o bien ignorar directamente algunos de los principios enunciados por Bloor. Así, Harry Collins estructura sus trabajos sobre los principios de causalidad y de imparcialidad, Bruno Latour y Michel Callon desarrollan hacia el límite la noción de simetría, Woolgar, Mulkay, Ashmore y otros se dedican a desarrollar nuevas formas de investigación y – sobre todo– de narración, para mostrar la centralidad de la reflexividad para la investigación sociológica.

No deja de ser paradójico que el Programa Fuerte propuesto por Bloor casi nunca fuera aplicado *qua programa*, y que fueran sólo algunos de sus enunciados considerados por separado los que alimentaron una parte considerable de la investigación en los años siguientes. Creo, sin embargo, que la explicación es bastante simple: el *programa*, tal como estaba formulado, parecía inaplicable, y me parece plausible pensar que su enunciación significaba más una proclama “política” (y, en ese sentido, podía ser tomada –como lo fue– con beneficio de inventario), que un verdadero programa de investigaciones.

Hay, en este libro, otro aspecto importante al que se le ha prestado, relativamente, menos atención. Me refiero a la pretensión, esta vez sí *programática*, de fundar un estudio *científico* sobre la ciencia y el conocimiento. Sin duda es fácil recordar un antecedente ilustre en el libro de Solla Price en que abogaba por una “ciencia de la ciencia”. Sin embargo, el contenido que Price le daba a esta fórmula estaba más ligado a la capacidad de refinar las metodologías del modelo normativo de la ciencia, sobre todo a *cuantificar* aspectos vinculados a lo que, desde la emergencia de las nuevas corrientes, sería conocido como los “aspectos externos” de la ciencia.

<sup>6</sup> Véase, por ejemplo, la introducción de Terry Shinn en P. Kreimer, *De probetas, computadoras y ratones: la construcción de una mirada sociológica sobre la ciencia*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1999. Allí se hace un detallado análisis de las diferentes sub-corrientes de una agrupación mayor a la que denomina, precisamente, “los constructivistas”.



Bloor enfatiza más de una vez el carácter científico del programa de investigaciones que propone. Así afirma, por ejemplo: “Mi propósito no es otro que examinar el conocimiento científico tal y como creo que los propios científicos examinan cualquier otro objeto”. Esta toma de posición no es trivial en la consideración de la propuesta del Programa Fuerte, porque lleva implícita más de una intención. La primera y evidente es la de legitimar las propias investigaciones en el campo de la sociología del conocimiento, por la vía del “recurso a la científicidad”. Esto, por cierto, no es nuevo en la sociología. Theodor Adorno<sup>7</sup> había señalado, hace ya más de treinta años, que este recurso podía ser rastreado –implícita o explícitamente– como un componente central de legitimación del conocimiento de las ciencias sociales, desde Comte en adelante. Y vaya paradoja, Bloor parece pretender completar el círculo que iría desde aquella “física social” hacia este “conocimiento científico de la ciencia”, como dos polos que parecen reencontrarse en un diálogo difícil entre sociología y ciencias “duras”. A fin de cuentas, en ambos casos se trata de la pretensión por lograr un “estatus” científico, ya sea para lo sociología naciente (Comte) o para estudiar, desde la sociología, a la ciencia (Bloor).

En este aspecto queda por responder, sin embargo, si en este diálogo la sociología del conocimiento no lleva las de perder: entre la identificación y el cuestionamiento de las prácticas de las ciencias físicas y naturales, sus propias investigaciones parecen destinadas a una autojustificación permanente que, si se lleva al extremo, como pretende Bloor en el caso de la reflexividad, puede resultar paralizante.

Queda, pues, bastante claro, una vez que nos acercamos someramente al contenido del libro de Bloor, por qué los debates que el texto planteaba, hacia mediados de los años setenta, pasaban lejos de las preocupaciones e intereses de los investigadores en los países de habla hispana.

En primer lugar, no existía en estos países una hegemonía de la sociología normativa de la ciencia, sencillamente porque no había sociología de la ciencia (ni como reflexión, ni como investigación).

En segundo lugar, el libro de Bloor (y el Programa Fuerte en general) marcó nuevos tópicos para la historia de la ciencia que desafiaban tanto las explicaciones internalistas, como la historia centrada en las biografías (generalmente hagiográficas), de los científicos. La

<sup>7</sup> Véase Adorno, *Introducción a la sociología*. Barcelona, Gedisa, 1996. El texto al que hacemos referencia recoge un curso dictado en Frankfurt en abril de 1968.

necesidad de poner en relación el contenido del conocimiento con ciertas variables sociales planteó nuevos desafíos que algunos historiadores de viejo cuño ni siquiera comprendieron y otros simplemente ignoraron.<sup>8</sup>

En tercer lugar, los debates del pasado (y en gran medida del presente) dentro del campo intelectual en la mayor parte de los países de América Latina se situaron muy lejos de la comprensión del conocimiento científico y de sus relaciones con otros actores de la sociedad. Tal vez no sea ajeno a este problema el hecho de que el conocimiento científico parece más bien ignorado por sociedades que, en líneas generales, no perciben los beneficios de producir (y financiar) ciencia en estos países. Es esperable que una reflexión actualizada y sistemática sobre estos problemas ayude a pensar en una mejor integración “ciencia-sociedad”, aunque nada indique que ello deba ocurrir.

Queda como corolario que la mayor parte de las preguntas que formuló Bloor hace más de dos décadas siguen hoy siendo objeto de discusión en el campo de la sociología del conocimiento científico, y es frecuente encontrar nuevos cuestionamientos y defensas respecto del Programa Fuerte.<sup>9</sup> Esto reaviva la impresión de la importancia crucial que el texto sigue representando para quienes se internan en el conocimiento social de la ciencia. Razón de más para saludar con entusiasmo la publicación en español de *Conocimiento e imaginario social*. Sin dudas, en este caso, más vale tarde que nunca. □

<sup>8</sup> Al respecto, véase el análisis de Dominique Pestre, historiador de las ciencias francés: “Pour une histoire sociale et culturelle des sciences. Nouvelles définitions, nouveaux objets, nouvelles pratiques”, *Annales ESC*, 1995

<sup>9</sup> Invito al lector a recorrer los números de los últimos años de las revistas de referencia en este campo: *Social Studies of Science y Science, Technology and Human Values*, en donde se encuentran frecuentes discusiones y debates acerca de la validez de los postulados del Programa Fuerte.